



INSTITUTO SECULAR FIELES SIERVAS DE JESÚS
RETIRO ESPIRITUAL Y TRIDUO DE PREPARACIÓN
A LA FIESTA PATRONAL
MARZO DEL AÑO 2021

SAN JOSÉ, PADRE EN LA TERNURA
Y LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA

Al preparar el tema del Retiro Espiritual y el Triduo que antecede a la Fiesta Patronal de la Anunciación, hemos escogido estos temas teniendo en cuenta dos elementos importantes:

1. ***La celebración del “año de San José”*** que ha promulgado el Santo Padre Francisco desde el 8 de diciembre de 2020 hasta la misma fecha del presente 2021. Es una feliz coincidencia que nuestro Año Jubilar esté inscrito en este festejo general de la Iglesia, puesto que desde su fundación el amor y la devoción a San José tiene un puesto especial, como parte del legado de la Espiritualidad Eudista. *“La devoción a san José fue muy querida por san Juan Eudes. En efecto, el santo le compuso un oficio, una salutación, unas letanías, recomendó su devoción en cada misión especialmente entre los jóvenes y lo declaró patrono secundario de la Congregación de Jesús y María. La particularidad de san Juan Eudes con respecto a san José es que considera que no solamente se le debe tener devoción sino un profundo amor”.*
2. ***Continuar con la meditación sobre Los fundamentos de la vida cristiana***, con textos escogidos del libro del mismo nombre, escrito por el padre Carlos Guillermo Álvarez, CJM (QEPD) y en consonancia con los objetivos de la Línea de Acción No.1 del plan quinquenal 2019 – 2024: *“Formar a Jesús en nosotras mediante las prácticas espirituales que el Instituto establece”.*

Nos confiamos al Espíritu Santo para que con su luz hagamos de esta preparación una experiencia de fe, porque a Dios siempre queremos darle lo mejor y porque constituye un acto de agradecimiento a nuestros fundadores Merceditas y el P. Andrés en este año 2021, en el que cerramos el año Jubilar con el festejo de los 80 años de fundación del Instituto.

RETIRO ESPIRITUAL

El tema del Retiro espiritual tiene como título San José, “padre en la ternura”; está tomado de la Carta Apostólica *“Patris Corde”* (*“Corazón de Padre”*), con la cual el Papa Francisco inauguró el Año de San José. Esta meditación nos recordará como la *“historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades”*, puesto que *“Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad”.*

EL TRIDUO

Para las meditaciones de los días del Triduo hemos considerado oportuno dividir los temas, respetando en cada uno su sentido completo y adaptándolo en cuanto a su extensión para la meditación de los tres días; sin embargo, cada una puede avanzar de la manera que le inspira el Espíritu y según sus condiciones de vida y aún podría utilizar más días y extenderse en la meditación, lo importante es aprovechar todo el tema propuesto.

Les aconsejamos **consultar las citas bíblicas** que sugiere el autor a lo largo de los textos y, como un ejercicio de revisión de vida, meditar en ellas en relación con el texto del que hacen parte.

El tema del Retiro es **San José, padre en la ternura** que expresa:

1. Formar a Jesús: Misterio por excelencia y tarea suprema del cristiano.
2. Cómo formar a Jesús en nosotros

Para los días **del Triduo** el tema es el de **“continuar y completar las virtudes de Jesús”**. Encontraremos primero una **introducción** donde el autor explica qué son las virtudes y luego las meditaciones **sobre dos virtudes concretas**:

1. El abandono y la confianza en Dios
2. El amor a los hermanos

CONSEJO GENERAL 2019 - 2024



SAN JOSE CON EL NIÑO
Bartolomé Esteban Murillo

RETIRO ESPIRITUAL

SAN JOSÉ, *PADRE EN LA TERNURA*

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura, que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (Sal 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y Él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (2 Co 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. Ap 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos.

Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. Lc 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia. No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

Oremos con san Juan Eudes

Nos alegramos contigo, José,
imagen de Dios Padre,
padre del Dios Hijo,
templo del Espíritu Santo,
amado de la Trinidad.

José, instrumento fiel del designio divino,
digno esposo de María Virgen,
modelo de los creyentes.

José, ejemplo de silencio fecundo,
de pobreza evangélica,
de humildad y obediencia.

Felices tus ojos que contemplaron al Señor,
tus oídos que escucharon su palabra,
tus manos que tocaron el Verbo encarnado.

Benditos tus brazos que llevaron al que todo lo sustenta,
tu regazo que acogió al Hijo de Dios,
tu corazón encendido en su amor.

Damos gracias al Padre que te eligió,
al Hijo que te amó,
al Espíritu que te santificó.

Al Señor la gloria por siempre jamás. Amén.

PRIMER DIA DEL TRIDUO

CONTINUAR Y COMPLETAR LAS VIRTUDES DE JESÚS

Introducción y primera virtud el abandono y la confianza en Dios

Introducción:

Una vez colocados los fundamentos de la vida cristiana, es preciso ***ejercitarse en las virtudes que Jesús practicó***, porque si queremos continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra, también debemos completar sus virtudes.

La palabra “virtud” viene del latín “virtus”, que significa “poder o fuerza”. Es, a su vez, traducción del griego “arete” (arhth) que, al comienzo de la reflexión filosófica griega, quiso expresar una cualidad humana de fuerza, de lucha y esfuerzo por conquistar valores humanos fundamentales.

Una expresión de esta mentalidad la encontramos en Sab 8,7: “¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de su esfuerzo, pues ella enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza”. Estas cuatro “virtudes” fueron comunes entre los filósofos griegos y llegaron a ser tan fundamentales que, al asumirlas los cristianos, hicieron de ellas las “virtudes cardinales”, es decir, las que proporcionan la raíz y el fundamento de una vida moral humana.

Hablando a lo humano, esta fuerza se logra con el esfuerzo diario hasta adquirir el ejercicio normal de un valor. Como la persona que acude diariamente a un gimnasio o hace ejercicio físico todos los días, logra ejercitar los músculos y adquiere fuerza con ellos para actuar con firmeza y valor.

La virtud, pues, no se tiene por naturaleza, se adquiere con esfuerzo y, una vez adquirida, produce satisfacción, gozo y seguridad, pero también un hábito de acción.

El Catecismo de la Iglesia católica define así las virtudes humanas: “*Son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales, del entendimiento y la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena*” (n. 1804).

Un poco más adelante (n. 1810) dice que estas virtudes humanas, adquiridas mediante actos deliberados y una buena perseverancia, son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. El hombre virtuoso es feliz en practicarlas.

En el Nuevo Testamento, hablando a una comunidad griega, Pablo usa una sola vez la palabra “virtud” cuando dice: “*Hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, depuro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, ténganlo en aprecio. Todo cuanto han aprendido y recibido y oído y visto en mí, pónganlo por obra, y el Dios de la paz estará con ustedes*” (Fil. 4,8-9).

La primera Carta de Pedro le da otro sentido a la palabra griega y en ella significa “las acciones maravillosas” de Dios que el cristiano está llamado a proclamar con su vida (1 Pe 2,9). La segunda Carta de Pedro, por su parte, un documento tardío de la revelación cristiana le da el sentido de “poder divino (2 Pe 1,3) o el de virtud humana (2 Pe 1,5), que unida a la fe y al conocimiento se expresa en valores cristianos que ayudan a fortalecer la experiencia del creyente en el mundo.

Para san Juan Eudes, “*muchos aprecian la virtud, la desean y la buscan, dedicando gran cuidado y trabajo para adquirirla. Pero pocos en realidad poseen sólidas virtudes cristianas. Y el principal motivo es que, en lugar de conducirse según el espíritu de Jesucristo y de la gracia que Él nos adquirió con su sangre, actúan movidos por un espíritu natural y por la razón humana. ... Los que se conducen según el espíritu de Jesucristo consideran la virtud no sólo en sí misma sino en su principio y en su fuente que es Jesucristo... las virtudes cristianas son las virtudes mismas de Jesucristo, de las cuales debemos estar revestidos y que Él comunica a quienes se adhieren a Él, las imploran con humildad y confianza y se esfuerzan por practicarlas a imitación suya*”. (OC, I, 205-209).

Vamos a insistir, sobre todo, en dos virtudes concretas: la confianza o abandono en Dios y el amor a los hermanos. **Iniciamos** con el abandono en Dios, tan necesario en nuestra vida diaria.

El abandono y la confianza en Dios (1)

La voluntad de Dios es que nos apoyemos en Él, Roca salvadora. Cuando amamos a alguien y lo vemos débil, enfermo o necesitado de apoyo, inmediatamente nos ofrecemos como apoyo, bastón y ayuda -con palabras y acciones- para que la persona amada pueda superar su situación.

Es lo que acontece con el Señor y nosotros. Él nos conoce, sabe que somos débiles y pobres, que caemos fácilmente, que, ante cualquier problema, echamos para atrás y entonces, con su Palabra y sus acciones, nos invita a confiarnos plenamente en Él que nos ama.

Lo podemos ver claramente en algunos textos de la Palabra, que será preciso leer y meditar en oración, para dejar que la experiencia de la confianza y el abandono se arraigue en nosotros y se vuelva experiencia de vida:

- Jer. 17,7-8: Bendito el que confía en el Señor...
- Salmo 13,6: Yo confío en tu amor, en tu salvación se goza mi corazón.
- Salmo 23, 1-2: Ningún mal temeré: tu vara y tu cayado me sostienen.
- Salmo 32, 10. Al que confía en el Señor, el amor lo envuelve...
- Salmo 33,18: Los ojos del Señor están puestos en los que confían en su misericordia...
-
- Lam. 3, 25: Bueno es el Señor con los que confían en Él...
- Salmo 18,31: El Señor es escudo de cuantos se acogen a Él...
- Salmo 31,20: Les hará gustar la abundancia de su bondad...
- Salmo 37,5: encomienda tu vida al Señor, confía en Él, que Él actuará
- Salmo 56,5: En Dios confío y no temo, ¿qué puede hacerme un hombre?
- Salmo 112,7: Con firme corazón confiará en el Señor.
- Salmo 132,2: Acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre.
- Isaías 26,4 Confíen siempre en el Señor, porque Él es la Roca perpetua.
- Eccl. 2,11: Jamás quedarán defraudados los que confían en Él.

SEGUNDO DIA DEL TRIDUO
CONTINUAR Y COMPLETAR LAS VIRTUDES DE JESÚS
Primera virtud el abandono y la confianza en Dios

El abandono y la confianza en Dios (2)

Y para afirmarnos más en la confianza, el Señor se aplica a sí mismo los títulos y cualidades más amorosos:

- Él es Amigo (Ex. 33,11; Sal. 41,9; Mat. 26,50; Jn. 15,15, Lc. 12,4),
- Abogado (Deut. 20,1; Jn. 14,16; 15,26),
- Médico (Ex. 15,26; Sal. 147,3; Mat. 9,12),
- Pastor (Sal. 23,1; Ez. 34,14; Sal. 80,2; Jn. 10,11.14),
- Padre (Jer. 3,19; 31,9; Is. 63,15-17; Mat. 6,7-10),
- Hermano (Mc. 3,35; Mt. 25,40; 28,10; Rom. 8,29, Heb. 2,11),
- Esposo (Is. 62,5; Jer. 3,14.20; Mc. 2,19), porque somos su herencia y corazón.

Y al hacer memoria de sus acciones, no intenta otra cosa que manifestarnos todo su amor:

- Nos lleva en su regazo (Is 43, 3-4: ver la insistencia 5 veces),
- Nos ama entrañablemente y nos lleva como tatuaje para tenernos siempre ante sus ojos (Is 49, 14-16);
- Cuida de nosotros y sabe bien lo que necesitamos (Mt 6,31-33),
- Jesús y el Padre nos aman con amor eterno y total (Jn 15,9).
- Jesús quiere que estemos allí donde Él está, que descansemos con Él, en el regazo y en el corazón del Padre (Jn 17,24).

Después de saber y conocer estas cosas, pregunta san Juan Eudes, ¿quién no tendrá confianza y se abandonará totalmente a la dirección y a los cuidados de un amigo, hermano, padre y esposo? Él conoce con sabiduría infinita lo que nos conviene, prevé lo que puede sucedernos y escoge los caminos más convenientes para llevarnos a la meta de nuestra suprema felicidad. Él, con su bondad inmensa, quiere para nosotros todo bien y tiene el poder para alejar de nosotros todo mal.

Pero bastaría, además, considerar todo lo que Jesús hizo para rescatarnos del pecado: su humillación en la Encarnación, su vida pública, su pasión y su muerte.

Deseemos, pues, fervientemente esta virtud; no seamos tímidos sino audaces para forjarnos altos propósitos de servir y de amar con la mayor perfección posible a nuestro adorable Jesús y de emprender grandes hazañas por su gloria, conforme al poder y la gracia que para ello nos concederá. Porque si es verdad que por nosotros mismos nada podemos, con Él sí lo podemos todo y su gracia no nos faltará si confiamos en su bondad.

EJERCICIO COMPLEMENTARIO

Nos apoyamos en algunos textos de la Palabra que nos animan:

- Salmo 37, 5: Pon tu suerte en el Señor; confía en Él que Él actuará...
- Salmo 55, 23: Deposita ante Él todos tus afanes y Él te sustentará.
- 1ª Pe 5, 7. Confíen ante él todas sus preocupaciones, que él cuida de ustedes.

Actos de confianza

Acostumbrémonos a hacer con frecuencia actos de confianza en el Señor, con palabras tomadas de la Escritura, por ejemplo:

- Salmo 25, 4: A ti, Señor, levanto mi alma. Dios mío, en ti confío, no quede yo nunca defraudado.
- Salmo 91,2: Dios mío, confío en ti.
- Salmo 118, 6-8: El Señor está conmigo, no temo, ¿que podrá hacerme el hombre?
- Salmo 32, 1: El Señor es mi pastor, nada me falta.
- Isaías 12, 2: He aquí a Dios, mi Salvador, estoy seguro y sin temor, pues el Señor es mi fuerza y mi canción, Él es mi Salvador.

TERCER DIA DEL TRIDUO CONTINUAR Y COMPLETAR LAS VIRTUDES DE JESÚS *Segunda virtud el amor a los hermanos*

Enfrentamos, por último, otra «virtud» de Jesús que debemos continuar y completar en nosotros: el amor a los hermanos.

Nos encontramos en un mundo donde se experimenta un vacío profundo de amor. Las relaciones son egoístas y por interés; prima el gusto y el placer personal por encima de la generosidad y la entrega de sí al otro; la persona acaba por ser una cosa que se toma, se usa y se bota. Y, con todo, cada uno busca desesperadamente amar y ser amado; pero de frustración en frustración, no va quedando sino un hondo vacío de amor.

1. El llamamiento al amor.

Como creyentes podemos encontrar en la Escritura la base y la fuente de nuestro tema. Revisando algunos textos encontramos como dos afirmaciones fundamentales:

1) Para aprender a amar es preciso ser amados, sabernos amados, sentirnos amados.

Juan es lo suficientemente claro al decirnos: *"En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Nosotros amamos porque Él nos amó primero"* (1 Juan 4,9-10.19)

Pablo lo asumió de modo personal: *"Me amó y se entregó por mí"* (Gal 2,20) y la comunidad cristiana lo hizo canto para todos: *"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido ...nos ha elegido en el amor..."* (Ef 1,3-4).

Esta afirmación teológica es básica en la vida humana. El niño que nace en una familia y una sociedad no podrá amar si no es amado. No ofrecerá frutos de amor si no aprende de sus padres y de su familia la experiencia del amor. No podemos amar si no experimentamos en nosotros el amor. Y el amor viene siempre como don de alguien a mí, alguien que me ama por lo que soy y como soy. Ahora bien, los padres y la sociedad darán tanto más amor cuanto más se abran al amor de Dios, fuente única y efectiva del amor: *"Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él"* (1ª Juan 4,10).

Por eso mismo, aún en el caso de no haber recibido amor de parte de los nuestros, si nos abrimos al Amor en su fuente, recibiremos amor y aprenderemos a amar.

- El amor de Dios es como el de un padre bueno con sus hijos: Salmo 103,13-14
- El amor de Dios es más firme y seguro que el de una madre: Isaías 49,14-16
- El amor de Dios es tierno, cercano, consciente: Isaías 44.1-2 (*"Yesurún"* es la palabra clave del profeta, y significa "cariñito mío", una palabra plena de ternura).43.1-5; 41,14.

Juan Pablo II escribió un día: *"El hombre permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa de él vivamente"* (PDV. 44).

Repitamos: si queremos aprender a amar, dejémonos amar y la fuente misma del amor es el Padre Dios. Sábetelo amado, sumérgete en el amor, gózate en el amor. Y recuerda que ese amor siempre será gracia, don, ofrenda gratuita y libre de Alguien que te ama sin que tú lo merezcas.

2) Para amar a los hombres y a Dios es preciso amarnos a nosotros mismos.

Suena ilógico y hasta egoísta, pero es la verdad. La clave del amor a Dios y a los demás es el amor a nosotros mismos. Es lo que subyace al texto de Marcos 12,28-34: *"¿Cuál es el mandamiento principal?... El primero es: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón ...El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que estos"*.

Hay como un orden en el amor: El objetivo es amar a Dios con todo lo humano (corazón, alma, mente, fuerzas).

En la mitad está el amor al otro.
En la base el amor a uno mismo.

Quien se ama correctamente a sí mismo, sabe amar al otro y podrá amar a Dios, pues *“quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”* (1ª Juan 4,20).

2. Amar como Jesús

Para la enseñanza de Jesús, pues, el amor a Dios y el amor a los hermanos son inseparables. No son dos mandamientos sino un solo y único amor (Cfr. Mt 22,37-39). Debemos, pues, amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y amor con que amamos a Dios, porque no se trata de amarlo en él ni por él, sino en Dios y por Dios, o más exactamente es a Dios mismo a quien amamos en el prójimo.

Es así como Jesús nos ama: en su Padre y para su Padre, mejor dicho, ama a su Padre en nosotros y quiere que nos amemos recíprocamente como Él nos ama. Tal es su mandamiento (Jn. 15,11).

Cuando analizamos detenidamente los textos del Evangelio sobre el mandamiento del amor, nos encontramos con un proceso escalonado del que no siempre somos conscientes pero que nos ayuda a comprender bien *“la escuela del amor”*:

- A la base de todo está el mandamiento que viene desde el Levítico: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Lev.19,18.34). Por lo mismo, es preciso aprender a amar al otro como uno se ama a sí mismo. ¿Y cómo se ama uno? El amor a uno mismo se expresa en el cuidado, el respeto y la atención por las cosas que son de uno y para el bien de uno. Con frecuencia esto nos lleva a hacer de uno mismo el centro de las relaciones de los demás, en un amor egoísta y cerrado. Amar al otro como uno se ama a sí mismo es hacer por el otro lo que uno normalmente hace por uno mismo con amor; es preocuparse por el hermano, cuidarlo, respetarlo, valorarlo; cosas todas que no siempre son fáciles en la vida diaria.

- Luego viene la palabra de Jesús, que lleva este amor a una exigencia mayor: *“Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros como yo los he amado; que así también se amen ustedes los unos a los otros”* (Jn. 13,34;15,12). ¿Y cómo nos ha amado Jesús? Hasta el extremo (Jn. 13,1), hasta dar la vida por nosotros (Jn. 15,13- 14). Por lo mismo, el amor a los hermanos nos ha de llevar a vivir y actuar al estilo de Jesús, llegando hasta dar la vida por ellos, si es preciso, como Jesús. Es la entrega diaria y constante al servicio de los otros, como Jesús y por Jesús.

- Mas no todo queda aquí; en la escuela del amor hay que ir más alto: *“Como el Padre me amó, yo también los he amado a ustedes; permanezcan en mi amor”* (Jn. 15,9). Amar a los hermanos como el Padre y Jesús se aman, formando uno solo en el Amor. ¿Quién puede llegar hasta allí? Nadie. Pero es un reto y una meta, que hacen de nuestro amor un proceso y una exigencia continua, que nunca será completada porque siempre seremos discípulos en el amor. Esta exigencia produce en el creyente una convicción: en la escuela del amor siempre seremos discípulos del Maestro Jesús.

La caridad cristiana consiste precisamente en amarnos unos a otros como Jesucristo nos ama. Y tanto amor nos tiene Jesús que emplea su vida, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad y su humanidad, lo que es, lo que tiene y lo que puede, por nosotros, y sus pensamientos, palabras y acciones son de amor por nosotros.